

La muerte y los rituales funerarios en la Historia. Presentación del dossier

The Death and the Funeral Rituals in History: Introduction to the Dossier

María del Rosario GARCÍA HUERTA
Universidad de Castilla-La Mancha
Rosario.garcia@uclm.es
<http://orcid.0000-0003-3201-9032>

La muerte es la única certeza que tenemos los seres vivos, y nos acompaña desde el mismo momento en que nacemos hasta que exhalamos el último suspiro. Escribir acerca de la muerte, de la manera de relacionarnos con los muertos, no siempre es fácil, especialmente cuando se trata de un contexto cronológico contemporáneo, tal vez porque sentimos más cerca su inevitable aliento; aunque se hace más gratificante a medida que nos alejamos en el tiempo hasta alcanzar esos periodos en los que podemos abordarla desde la arqueología de la muerte, una óptica diferente que nos permite poner una respetable distancia entre ella y nosotros.

A pesar de ello, no sabemos en qué momento los representantes del género *Homo* toman conciencia de sí mismos ni cuándo empezaron a sentir ese afecto por otros miembros del grupo, ya fuesen adultos o crías, que conlleva el cuidado de los restos mortales del fallecido. De la toma de conciencia de la propia existencia surge la angustia que provoca la inevitabilidad de la muerte, el tránsito a la nada, y del afecto por los seres queridos la necesidad de preservar aquellos a quienes se ama más allá de la muerte. De ahí que podamos ver en los primeros enterramientos documentados, como el del niño *sapiens* de Panga ya Saidi¹ (Kenia) hace 78 000 años, o el neandertal de Shanidar Z² (Irak) hace 70 000, la prueba material de esa imperiosa necesidad de trascender la propia muerte mediante el cuidadoso tratamiento y la ritualidad que debieron acompañar la deposición de los cuerpos en espacios especialmente escogidos para esa finalidad. El nivel de sofisticación de ambos enterramientos nos invita a pensar que esa necesidad de trascender la muerte tuvo que surgir mucho antes, tal vez en un primer momento oculta bajo la aparente necesidad de esconder los cuerpos de los fallecidos para evitar la presencia de carroñeros y otros depredadores

1 M. Martín-Torres *et alii*, "Earliest known human burial in Africa", *Nature*, 593 (2021) pp. 95-100.

2 E. Pomeroy *et alii*, "Issues of theory and method in the analysis of Paleolithic mortuary behavior: A view from Shanidar Cave", *Evolutionary Anthropology*, 29/5 (2020) pp. 263- 279.

en torno a las zonas de hábitat, toda vez que ya estaba asumido el tabú del canibalismo. La Sima de los Huesos (Atapuerca, Burgos) nos proporciona un magnífico ejemplo de ese proceso de ocultación de los cuerpos de los fallecidos en un lugar protegido, más de treinta cuerpos, sin que podamos ir mucho más allá por el momento en cuanto al modo y manera en que tuvieron lugar las sucesivas deposiciones, aunque sí podemos inferir que se trata de proteger los restos mortales de individuos específicos.

El proceso mental que va a ir dando lugar al pensamiento complejo va a permitir a esos representantes del género *Homo* ir creando modelos explicativos de todos aquellos fenómenos naturales y circunstancias que les rodeaban. El amanecer y el ocaso, el sol abrasador y la luna cambiante rodeada de estrellas, las tormentas, los rayos que provocan fuegos, la lluvia, el viento, los volcanes, los terremotos, las mareas, etc., y por supuesto, la muerte, natural o provocada, algo que todos los depredadores conocen bien, y tanto *sapiens* como neandertales lo son. Por otra parte, las representaciones de animales y seres humanos en el arte parietal o en el arte mueble corresponden ya a un estadio bien avanzado del desarrollo de ese pensamiento complejo, a un momento en el que empiezan a cobrar forma las primeras cosmogonías que permitían explicar todo tipo de fenómenos y el papel de la propia existencia en ese contexto. Unas explicaciones que requieren siempre el concurso de un intermediario humano, que, bien de forma natural o mediante la ingesta de sustancias alucinógenas, va a ofrecer respuestas que permitan organizar la interrelación del grupo con un entorno que les proporciona todo lo necesario para subsistir, aunque en ocasiones se pueda tornar hostil. Y esa intermediación entre nosotros y las fuerzas que rigen cuanto nos rodea, y de manera especial el mundo de los muertos, muy pronto se convertirá en una herramienta de poder.

Esas superestructuras mentales han hecho posible la creación de un espacio al margen del tiempo, en el que es posible seguir viviendo tras la muerte, que se transforma así en un mero tránsito entre dos formas de existencia, en un rito de paso. Para ello hemos creado un espacio intangible, que conecta pasado y presente, que permite a los muertos interactuar con ese otro lugar donde habitan los vivos, y por el que, al mismo tiempo, pueden transitar esos intermediarios a los que hacía referencia, dotados de unas especiales cualidades. Esa visión de la muerte como la puerta que conecta dos formas de existencia elimina el miedo a la desaparición física y a la pérdida de nuestros seres queridos, porque se ha hecho posible que, una vez atravesado el umbral, podamos seguir compartiendo esa otra forma de “vida”.

Sin embargo, ese espacio al que nos dirigimos tras la muerte no será igual para todos. En todas las culturas se establecen modelos de comportamiento que van a determinar un tratamiento diferencial en función de lo que cada uno ha sido en vida, el género y la edad, su comportamiento e incluso las circunstancias de la muerte: niños, parturientas, guerreros, sacerdotes, asesinos, etc.

En el presente volumen encontramos una visión diacrónica del tratamiento que los seres humanos hemos dado a la muerte desde la Prehistoria hasta nuestros días. Su inevitabilidad ha determinado el desarrollo de un sinfín de rituales y comportamientos, adaptados a los diferentes entornos culturales y medioambientales, con dos objetivos esenciales: mitigar la angustia que generan la finitud de la vida y la ausencia de los seres queridos, y, por otra parte, reforzar los lazos de la comunidad. El difunto pasa así a la consideración de antepasado, no desaparece, se transforma, mientras que el grupo participa de forma activa en todos los rituales funerarios concebidos para estrechar los lazos entre los distintos miembros de la comunidad. Los distintos trabajos que componen este número de *Vínculos* nos permiten contraponer no solo la visión de la muerte a través del tiempo, sino sobre todo tener una panorámica de lo que ha supuesto el desarrollo de la investigación en

torno a la muerte a la hora de reconstruir la evolución de las sociedades a lo largo de los siglos, concretamente desde el IV milenio a. C. con los grupos que erigieron los megalitos localizados en Sedano, Burgos, hasta la modificación de los rituales que acompañan a la muerte con motivo de la pandemia de covid en México.

En el trabajo de Santa Cruz, Delibes, Villalobos y Moreno sobre los monumentos megalíticos de La Lora (Burgos) se pone de manifiesto el papel que juegan las propias tumbas como marcadores de territorio, y el nivel de organización social que se requiere para la erección de cualquiera de ellos en los primeros inicios del IV milenio. Una estructura social que conlleva sin duda un cierto nivel de jerarquización y, en consecuencia, diferencias que podemos percibir a partir del derecho a ser enterrado, o no, en una de esas cámaras funerarias, y que abre la puerta a establecer vínculos entre quienes allí se depositan. Pero además reflejan el nivel de conocimientos astronómicos de aquellos grupos, reforzando su papel como símbolos territoriales, sociales, jerárquicos, etc.; un simbolismo que llevará a otros grupos, mucho tiempo después de su construcción, a depositar algunos de sus muertos en estas grandiosas tumbas, al margen de sus dimensiones, precisamente por lo que llegaron a representar culturalmente.

Es cierto que no podemos saber lo que hay al otro lado del umbral, solo creer en aquello que los intermediarios relatan y describen, y lo cierto es que lo que reflejan las necrópolis en el I milenio a. C. a partir de las tumbas y los ajuares que contienen es el diferencial tratamiento que reciben los difuntos en función de su identidad social, es decir, de quienes fueron en vida, temática que se aborda en el trabajo de Teresa Chapa, si bien aquí los problemas residen en la dificultad que implica el ritual de la cremación para poder realizar análisis del tipo de los señalados a partir de restos óseos incinerados, salvo, con los matices y cautelas necesarios, los que se derivan de la determinación del sexo y la edad. La distancia entre algunas tumbas “principescas” y aquellas otras que apenas tienen ajuar nos hablan de una sociedad claramente jerarquizada, pero ¿acaso las sociedades no son jerárquicas por definición?; de hecho, las denominadas sociedades igualitarias son muy primitivas y, además, tampoco son totalmente igualitarias, puesto que siempre existe un principio de jerarquía para poder organizar mínimamente el funcionamiento del grupo. A pesar de esa visión, que puede trasladarnos la existencia de diferencias formales en las tumbas, el desarrollo de distintos tipos de análisis como el ADN permiten ir dando forma a una imagen mucho más compleja y, posiblemente, más próxima a la realidad, que la que teníamos hasta ahora. Lazos de parentesco, sexo, edad, procedencia, posibles causas de la muerte, etc. se van a ir perfilando para permitirnos un retrato mucho más preciso de aquellas sociedades. En este contexto solo nos queda la posibilidad de reconstruir el ritual funerario a partir de lo que contienen las tumbas. Los materiales depositados en ellas a modo de ajuar nos permiten inferir la existencia de distintas categorías sociales, la existencia de contactos comerciales y culturales con puntos muy alejados del lugar de enterramiento. Esas mismas diferencias también nos hablan de jerarquías dentro del grupo, de creencias, que en ocasiones pueden ser corroboradas por las fuentes o por la propia arqueología, caso de los muertos en combate y dejados a los buitres sobre el campo de batalla o los niños enterrados en el suelo de las viviendas, sin que podamos saber si se trata de sacrificios o de muertes naturales, pero sin derecho a ser cremados.

Sobre este último, aspecto el artículo de Desiderio Vaquerizo trae a colación la continuidad en época romana y hasta la mitad del I milenio d. C. de la costumbre de inhumar a menores de cuarenta días “bajo los aleros de los tejados” al no tener la consideración de individuos sociales. En este trabajo se aborda una síntesis sobre los distintos aspectos que pueden tratarse a partir del análisis multidisciplinar de las necrópolis, partiendo del proyecto iniciado hace más de dos décadas sobre las áreas funerarias de la ciudad de Córdoba,

abordando su estudio desde ópticas bien distintas, aunque partiendo siempre como paso previo, del rigor a la hora de abordar la excavación arqueológica propiamente dicha. Solo así, con una visión global de todos aquellos aspectos que se pueden asociar a las distintas facetas de la muerte, incluidos aquellos enterramientos a los que el autor se refiere como “no normativos”, a partir de un enfoque multidisciplinar e incorporando las más novedosas técnicas de análisis (bioantropológicos, de isótopos y de ADN), podremos acercarnos al conocimiento del relevante papel que tuvo la muerte en la cultura hispanorromana.

Es indudable que la muerte ha concitado siempre un enorme interés desde múltiples puntos de vista y con enfoques teóricos distintos, y a veces muy distantes, de lo que da buena prueba la ingente bibliografía a que ha dado lugar. El trabajo de Julia Pavón se centra en la revisión historiográfica de aquellos autores y trabajos que de manera específica se han ocupado de la muerte en el pensamiento medieval, especialmente a través de un grupo de autores vinculados a la corriente de *Annales*, en las últimas décadas del siglo xx, para dar lugar a lo que hoy se conoce como “historiografía de la muerte”, de manera que el estudio de la actitud y la gestualidad del ser humano ante la muerte supuso una evidente renovación metodológica, asumiendo que la complejidad contenida en el hecho físico de la muerte y su tratamiento daba pie a una amplia diversidad de planteamientos y enfoques disciplinares, incluso entre los llamados “padres de la muerte”, M. Vovelle y Ph. Ariès.

Uno de esos enfoques hace referencia a la muerte en la Edad Media como actividad económica, dado que las disposiciones testamentarias a favor de la Iglesia se transforman en vehículo de salvación, de ahí que el análisis de los testamentos se convierta en una herramienta esencial para acercarnos al pensamiento del Medievo y del papel de la Iglesia como intermediaria para alcanzar la salvación eterna. Una visión que se completará con la revisión de otros corpus documentales. De igual manera aborda la diferencia de enfoque entre la historiografía francesa y la anglosajona, italiana o hispana vinculadas a sus respectivas tradiciones y escuelas.

Por último, y a pesar de hacer referencia al posible agotamiento epistemológico de la cuestión, lo cierto es que el estudio de la muerte continúa proporcionando un conocimiento esencial sobre, en este caso, la Edad Media tanto a nivel individual como colectivo.

El epitafio que aparece en el título del trabajo de González Lopo sobre disposiciones testamentarias, *Mors scepra ligonibus aequat*, refleja el ideario barroco en esa España de finales del siglo xvii y a lo largo del xviii en la que la religión juega un papel determinante a la hora de asegurarse poder seguir viviendo a perpetuidad una vez apurado el trago de la muerte. De ahí el frecuente requerimiento en las últimas disposiciones a la presencia de un religioso para acompañar a quien agoniza y asegurarse de que recibe los sacramentos. La muerte constituye así el primer acto de un ritual perfectamente protocolizado en el que el velatorio y el entierro van a dar forma a un complejo ideario dirigido ahora no ya al difunto, sino al grupo social al que pertenecía el fallecido para remarcar que solo la Iglesia es el camino hacia esa vida eterna a la que nadie quiere renunciar. El análisis de los testamentos aporta una gran cantidad de información a este respecto y permite reconstruir con gran lujo de detalles el proceso de las exequias en el periodo señalado.

Apesar de ese papel que la Iglesia, o mejor las Iglesias, se arrojan como única vía hacia la inmortalidad, la naturaleza humana intenta conciliar sus modelos de comportamiento, que han ido cambiando a lo largo de los siglos, con esa otra necesidad que no es sino sobrevivir a la muerte. El artículo de Miguel Martorell dedicado a duelos y duelistas en el siglo xix y principios del xx pone en el centro de su análisis el papel del honor y la manera de restituirlo en caso de ofensa mediante un combate que podía llegar hasta la muerte de uno de los duelistas, el ofensor o el ofendido. Esta práctica, que se remonta a la Edad Media cuando menos, no cuenta ahora con el visto bueno de la Iglesia sino todo lo contrario, puesto que

amenaza a los contendientes con arrojarlos del seno de la Iglesia, negándoles el acceso a la vida eterna, por justificados que pudieran parecer los motivos. La proliferación de esta práctica en gran parte de Europa y América Latina, no así en el mundo anglosajón, daría lugar a distintos manuales para explicar el correcto proceder de cuantos participaban en el lance, sin tener necesidad de tener que dar muerte al oponente, a “primera sangre”, que tuvo mayor difusión en países como Francia y España, a diferencia del mundo germánico.

Sea cuales fueren las circunstancias en que se produce un fallecimiento el ritual *post mortem* se repite una y otra vez desde hace miles de años con los mismos propósitos, tanto para familiares y allegados, superar la pérdida y reforzar los vínculos del grupo, como para el difunto, acceder a la vida eterna. Esa repetición solo se ha visto interrumpida con carácter general en circunstancias extraordinarias, guerras y catástrofes, como la reciente pandemia provocada por el covid. Esta excepcionalidad es la que se recoge en el artículo de Verónica Zarate centrado en un país como México, donde la muerte y el culto a los difuntos adquieren una dimensión especial que hunde sus raíces en el mundo prehispánico envuelto ahora con un manto cristiano.

Aunque la muerte es siempre unipersonal y morimos en soledad, aun estando rodeados de gente, las circunstancias extraordinarias de esta pandemia acentuaron esa soledad del moribundo, al impedir el acceso a los deudos, e hicieron imposible llevar a cabo el ritual del duelo tal y como se venía haciendo por razones sanitarias evidentes, hasta el punto de reducir el número de personas que podían estar presentes al mismo tiempo e incluso incorporándolas a través de internet.